

Semblanza de Pedro Peix y un acercamiento a su cuentística

DANILO MANERA

Università degli Studi di Milano
daniilo.manera@unimi.it

Pedro Peix (Santo Domingo, 1952-2015) tenía las incómodas intemperancias y la genialidad del artista maldito. Era un anticonformista visceral, irreverente y sedicioso, viajero empedernido y asiduo de la noche. De sangre ardiente tanto en la polémica intelectual como en las pasiones carnales, se declaraba consagrado a saquear hasta el fondo la existencia, alardeaba tener mil oficios y ninguno, aparte de la escritura, que era para él como un irrenunciable reto amoroso. Las únicas señas de identidad que reconocía eran las del honor, imperiosas y puras, mientras que consideraba la dignidad poco menos que fachada y artificio burgués.

Melena larga y espesa, bigotes muy cuidados, me recibía elegantemente vestido en un amplio salón de muebles y objetos de gusto refinado, fumando puros y bebiendo un café tras otro. Sobre la mesa, una máquina de escribir Smith Corona de época con una hoja amarillenta. Hijo del periodista Fernández Peix, me hablaba de los remotos orígenes italianos de su familia materna, los Pellerano. «El primero en llegar hasta aquí, cruzando furtivamente el Mar Caribe, fue un pirata que llevaba los cabellos largos hasta los hombros, era orgiástico y sanguinario, bebía en garrafa y consumía opio mientras le cosían las heridas, pero también escribía versos en su bitácora y los inscribía en el mástil con su puñal, enamoraba a las damas más acaudaladas en todas las ciudades que asaltó y después las tiraba en alta mar».

Licenciado en derecho por la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña en 1976, se dedicó a vivir y escribir, edificando una obra excepcional junto con una leyenda hosca e iconoclasta. «Aquí los escritores hacen otras cosas, les falta rebeldía para saltar al vacío, arriesgarse a romper las naves y profundizar completamente en la literatura a través de la vida. No se puede describir un burdel sin haber ido nunca, sin haberse peleado con las putas o haberse pillado una gonorrea. Las palabras deben fermentar en las cicatrices».

Su producción narrativa es amplia. Comenzó su carrera en 1974 con la novela erótica *El placer está en el último piso*. En 1977 ganó el Premio Nacional de Cuento José Ramón López con *Las locas de la Plaza de los Almendros* (Santo Domingo, Editorial Profesional, 1978). Le siguió *La noche de los buzones blancos* (Santo Domingo, Alfa y Omega, 1980). En 1981 salió la novela *El Brigadier o La fábula del lobo y el sargento*. En 1985 se publica-

ron en ediciones independientes el cuento *Los despojos del Cóndor*, escrito en 1982, y *Por menores de una servidumbre* (Santo Domingo, Editorial Cenapec, 1985), primer premio el año anterior en el concurso de Casa de Teatro. En 1987, Peix ganó otra vez el Premio José Ramón López con la colección de cuentos *El fantasma de la calle El Conde* (Santo Domingo, Ediciones de Taller, 1988). Sucesivamente, sus cuentos se publicaron en los volúmenes de textos premiados en el concurso anual de Casa de Teatro (donde mereció el primer premio todavía en 1988, 1992 y 1994; además de recibir el segundo en tres ocasiones, el tercero en una ocasión, y cuatro menciones). En 2006 la Feria Internacional del Libro de Santo Domingo le dedicó un coloquio, para el cual la Editora Nacional sacó un grueso tomo de 58 cuentos, recopilados por Jimmy Hungría, *El amor es el placer de la maldad*, que es hoy por hoy la fuente esencial para las narraciones breves de Peix, al cual le fueron otorgados también el primer premio en el concurso de cuento Virgilio Díaz Grullón en 2001 y el Premio “Caonabo de Oro” para toda su obra en 2012.

En el ámbito de la novela, Peix mereció el Premio de la Biblioteca Nacional en 1985 con *La tumbadora*, título que permanece inédito, y el Premio Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña en 1996 con *Contracanto para insurgentes y retadores*, texto inédito en su momento, pero que confluyó luego en la extensa y torrencial novela *El clan de los bólidos pesados*, cumbre de la madurez del autor, auto-publicada en 2010. Ilustrada por sorprendentes collages, esta novela es un magma salvaje, anti-heróico y provocativo, que por supuesto escandalizó. En un montaje caótico de voces, se mezclan en ella rasgos de cómic, ciencia ficción, novela gótica: una colorida, hiperbólica y obscena horda de pandillas de granujas malhablados se mueve por los suburbios de una Nueva York imaginaria, impregnada de sexo y violencia, con el ritmo endiablado de la turbulenta creatividad lingüística e imaginativa de Peix.

Hay finalmente que subrayar su actividad periodística (especialmente en el *Listín Diario*, donde mantuvo entre 1972 y 1999 la columna “Entre Días”, y en el dossier cultural de la revista *Mercado*) y de ensayista literario, con dos antologías, respectivamente de la poesía y la prosa dominicanas, que permanecen aún hoy como un sólido punto de referencia crítico: *El síndrome de Penélope en la poesía dominicana* (1986) y *La narrativa yugulada* (1981). También animó, junto con otros dos intelectuales clave de la escena dominicana, el poeta y político Tony Rafal y el novelista y ensayista Andrés L. Mateo, un programa cultural de televisión que ha hecho historia, la *Peña de Tres*. Ahora el conocido crítico José Rafael Lantigua está coordinando las *Obras Completas* de Peix, que se publicarán en varios tomos, recuperando la gran cantidad de inéditos. El proyecto está presidido por Patricia De Moya. En la Feria Internacional del Libro de Santo Domingo 2016 se han lanzado dos volúmenes: *Las locas de la Plaza de los Almendros* y *El fantasma de la calle El Conde* (editados por León Félix Batista y Jimmy Hungría e impresos por la Editora Corripio). Y el célebre director de cine peruano Luis Llosa está rodando un documental sobre la figura de Pedro Peix.

Éxitos y honores, sin embargo, no deben engañarnos: Pedro Peix resultó indigerible para muchos, por su temperamento y el radicalismo de sus posiciones corrosivas y sarcásticas, hasta el punto que al final no le era fácil publicar sus artículos, y él eligió quijotescaamente distribuirlos en fotocopias, junto con sus cuentos, en la calle El Conde que atraviesa la antigua ciudad colonial de Santo Domingo, un «territorio de quimeras» ya decaído. Vi como lo hacía, un día que me dio una cita en el histórico bar La Cafetera, a media mañana. Llegó lozano y vestido como un lord, con corbata y traje de lino claro, un bastón con puño de marfil y una resma de papeles que colocó sobre el mostrador.

En un momento dado, salió delante del local, debajo del sol abrasador, y comenzó a

regalar sus escritos, comentándolos: «Hemos llegado al siglo XXI con más obispos que monaguillos. Con más testaferreros que próceres. Con más generales que reclutas. Con más santos que magos. Con más magnates que genios. Los poetas siguen sin servir para nada. Los canallas siguen en primera plana, a la sombra de sus partidos, de sus empresas, de sus curules. La historia se ha llenado de gerentes, de árbitros de lucro, de doctos en la pobreza, de arquitectos sociales que diseñan hambrunas, epidemias, ruinas colectivas. Hemos llegado al siglo XXI con más verdugos que instituciones, con más cementerios que paraísos».

Algún que otro transeúnte se asombraba y se alejaba, algunos detractores se reían socarronamente en la esquina opuesta de la calle, pero más de un admirador estaba allí a propósito, codicioso, y luego fotocopiaría y difundiría a su vez esos papeles.

Caminé con él a lo largo de la calle El Conde. Me decía: «Voy y vengo por estas diez cuadras como un asesino que vuelve al lugar del crimen, como los elefantes que cuando sienten que van a morir se encaminan a sus osarios atravesando ríos y montañas, como en un laberinto de la soledad, con el recuerdo de una mujer y un fracaso en cada balcón, pero aún inconforme y altivo». Reafirmaba la ebriedad de su propia deriva, porque no había «tierra firme» para sus sueños. Se definía «ventrílocuo del pesimismo» y esgrimía como un espadachín insumiso el florete de la disidencia.

«Se quiere homogeneizar el pensamiento, negar toda transgresión al vacío fluir de la sensatez y de la resignación», continuaba. «Se critica al nihilista, en vez de criticar al usurero. No se permite decir que la voluntad popular está todavía en manos de grupos de poder económico consolidados, que no somos soberanos porque nuestra democracia está sujeta a constantes controles y al visto bueno de los demás, desde el Fondo Monetario Internacional a la Casa Blanca. Y a mí no me apetece nada que mi país se convierta como mucho en un paraíso fiscal».

El lenguaje de Peix es a menudo fastuoso, hiperretórico, barroco y desencajado hasta el delirio y posee una impresionante capacidad de manipulación verbal. Se caracteriza también por su intertextualidad y el uso de la gráfica. En sus textos aparecen con frecuencia adjuntos espurios como en el caso de *Pormenores de una servidumbre*, ese cuento deslumbrante sobre la humillación, represión y control en la era de Trujillo, donde el único pequeño gesto de orgullo, más que de rebelión, es fruto de distracción y mudez, de perplejidad frente a un nuevo ámbito de la servidumbre. Pues ese texto magistral está acompañado por sellos de correo auto-conmemorativos del déspota, y reportes del Servicio de Inteligencia Militar con fotografías y negativos sin desarrollar. Lo mismo pasa, de forma aún más contundente, en *Pasión y oprobio en el Hotel Shanghai* o en *Cazadores de alboradas*.

Acabo de preparar, con la editorial Robin de Roma, una selección de diez cuentos de Pedro Peix en italiano para los lectores de mi país, sacados de *Las locas de la Plaza de los Almendros*, *La noche de los buzones blancos*, *El fantasma de la calle El Conde*, y de los textos dispersos. En los cuentos que he reunido se percibe el magisterio de los grandes narradores hispanoamericanos, filtrado por hallazgos y posturas originales que he tratado de mantener en la traducción. Destaca la polifonía, el cruce de los puntos de vista, con el narrador que cambia de repente, como en *Mamita Muralla* o en *Los hitos*. A pesar de la dimensión matizada y borrosa de tiempo y espacio, y a pesar de los nombres cambiados, se reconoce la historia pasada de la República Dominicana, hecha de golpes, disturbios, tiranos. *Las comadres de Loma Blanca* se centra en los métodos de los caudillos en su rapiña del pueblo. *Último acoso en el bosque de la canela* narra un sacrificio extremo de rebelión. *Los hitos* remite a la muerte del presidente Ramón Cáceres, uno de los verdugos en 1899 del dictador Ulises Heureaux, a su vez asesinado en una emboscada en 1911. Y así

sucede en muchos otros cuentos memorables, por ejemplo en el magnífico *La quimera de la muerte*, sobre la época de la colonia.

Para el título estuve indeciso entre dos cuentos. *La mujer de Gato Caifás* rueda alrededor de un burdel, con una desesperada ciguapa que busca en vano a su amante ciego, huído con la hija de ambos. Tanto la ciguapa como el ciego mueren, pero sobrevive la niña, con sus pies retorcidos en zapatos ortopédicos, víctima en brazos del arisco y sentimental jefe proxeneta Gato Caifás, envuelto en su bata de terciopelo, «maullando plácidamente, como quien atesora en su regazo los despojos de una temprana cacería». Una historia cruda y tierna de perdedores muy adecuada para compendiar el mundo de Pedro Peix. Sin embargo, me decanté luego por otro cuento, *El violinista de la medianoche*, cuyo héroe es otro indiscreto y raro perdedor, Aldo Zafireli, desdichado violinista milanés, inadaptado y gafado, que toca en un hotel de lujo de Santo Domingo, un oficio humillante que nadie estima. Sin familia y con la patria doblada en la suela de los zapatos, vive en sofocantes pensiones de la Duarte y toma carros públicos sacando su violín por la ventana. Por la noche, sostiene su arco y su sonrisa como sonámbulo guasón o sablista de etiqueta, aunque nadie lo eche en falta, ni aprecie su música. A los cincuenta consigue por fin componer una sonata, *La Victoria de Orfeo*, con la cual produce «unos timbres imperiosos y oníricos que lentamente van inmovilizando a todos los presentes, dejándolos rígidos e inanimados en las mesas, uno por uno hechizados como si fueran figuras de cera, estáticas con los tenedores en la boca y los vasos entre las manos». Todos congelados en un tiempo sin memoria que Aldo Zafireli aprovecha para saquearlos a todos, sin prisa y sin codicia. En esta escena vi una revancha del arte, el desquite de un gris perdedor tocado, como en un relámpago, por la gracia. Y me dije: esto somos, si el destino es piadoso, o al menos distraído. Y de allí el título de mi antología: *Il violinista di mezzanotte*.

En *Áulicos, soplones, saltamontes y vándalos de cuartel*, fechado 26 de diciembre de 2001, escribía Pedro:

Me han excluido del sanedrín de los medios de comunicación, de la creomatemática del pensamiento y del canon de los doctos. Por eso estoy en la calle El Conde, la terminal del infierno, con mi tormentoso legajo de querellas bajo el brazo, acaso como si me hubiese abandonado mi buena estrella sólo para irme abriendo paso en otro azar, dejando que el embeleso errante por las mismas cuadras sea mi última barricada contra el olvido y la recta final de la muerte prometida.

Dandy romántico y hereje incandescente, de muy diversa y muy profunda cultura, resultaba chocante y creaba el vacío a su alrededor. Pero también, como escribe Ángela Hernández, era «un espíritu libérrimo, sin medir costos ni riesgos», que «en atmósfera amiga irradiaba una energía hermosa e incitante». Pedro Peix se ha ido de repente, por un mal del corazón, a finales del año pasado. En la solapa de *El clan de los bólidos pesados* lo había previsto con bastante exactitud. La última vez que lo vi, me señaló el punto de la costa donde encalló el acorazado *Memphis* hace un siglo, repitió riendo que en Santo Domingo hasta el mar es un callejón sin salida y añadió: «Prefiero tener una inteligencia envenenada antes de un talento pueril». También había vaticinado que se convertiría en un fantasma en la calle El Conde. Sus obras, sin embargo, esos papeles voladores tan necesarios, en bandadas que conforman libros sin renunciar al aire, siguen aquí, pintando el cielo de las palabras, siguen con nosotros.